

GUY DEBORD



Psicogeografía, arquitectura y urbanismo



Psicogeografía, arquitectura y urbanismo
Guy Debord
ISBN: 978-84-19050-11-3
Ediciones Asimétricas
Madrid, 2022
312 páginas

Eduardo Prieto González

Universidad Politécnica de Madrid
eduardo.prieto@upm.es
Arquitecto y licenciado en Filosofía, además de DEA en Estética y Teoría de las Artes y Premio Extraordinario de Doctorado de la Universidad Politécnica de Madrid. Sus investigaciones, centradas en la relación entre arquitectura, pensamiento, técnica y medioambiente, han dado pie a libros como *Los laberintos del aire* (2023)—una aproximación medioambiental a la cultura y la arquitectura del Renacimiento—, *Historia medioambiental de la arquitectura* (2019, 2022)—la primera en su género—, *La vida de la materia* (2018)—una exploración al hillozoísmo en el arte y la arquitectura—, y *La ley del reloj: arquitectura, máquinas y cultura moderna* (2016)—una historia de la metáfora de la máquina desde los orígenes de la modernidad. Ejerce como profesor de Historia de la Arquitectura en la UPM y ha sido visiting scholar en la Universidad de Harvard. Compagina su labor docente e investigadora con la de crítico de arquitectura en publicaciones como *Arquitectura Viva*, *El Mundo* y *Revista de Libros*.

Psicogeografía, arquitectura y urbanismo Guy Debord

El suicidio de Guy Debord en 1994 puso fin a una de esas vidas que pasan como un rayo, que explotan de hastío a fuerza de declinar todas las formas del “malditismo”. En Debord, el malditismo se dio en sesión continua y buscó las mil maneras que le ofrecían los tiempos. La gran oportunidad vino de las vanguardias huérfanas del París *circa* 1950, que recogieron el testigo de los dadaístas para proclamar el fin de un arte engullido por la vida y la llegada de una vida engullida por el arte. Embarcado en este dudoso proyecto, Debord pasó a militar en las filas de los Letristas, grupo oscuro que gustaba de disertar en los escenarios del París de Atget: aquellos lugares purulentos que el escalpelo del barón Haussmann no había conseguido sajar.

A esas alturas, Debord ya había enriquecido su apostolado malditista con los temas que sostendrían *La sociedad del espectáculo*: la maquinaria del consumo, la hibernación de las voluntades, la tecnocracia, el horror de la bomba atómica y, sobre todo, la conversión de la ciudad en un escenario mecanizado, productivo y aburrido frente al cual solo cabría la rebelión del retorno a la ingenuidad lúdica: la ingenuidad que haría de las calles preciosos laberintos por los que uno se perdería como si fuera un niño de barrio.

Afin al *homo ludens* del conservador Huizinga, Debord fue marxista solo por obligación: confió en el poder de las pasiones y no en el de las economías, y creyó menos en las utopías inalcanzables que en las cercanas de esos callejones, plazas, rincones y garitos que no había conseguido sojuzgar el sistema y que por ello mantenían su condición de escenarios para la creatividad y el juego. Así las cosas, cuando llegó el Mayo del 68, Debord estaba ya en condiciones de esgrimir el vocabulario —*dérive, détournement, psychogéographie*— que le elevaría al mandarinato del malditismo contemporáneo.

Es difícil sopesar la vigencia de Debord: aunque es cierto que sus profecías se han cumplido —¿qué no escribiría hoy el maestro sobre la globalización, el adocenamiento digital, la privatización del espacio público y la crisis climática?—, no es menos cierto que su revolución lúdica nos parece de una entrañable ingenuidad, y que el bizantinismo de las lucubraciones situacionistas nos produce hastío. En cualquier caso, quien quiera hacerse una idea cabal de Debord lo tiene hoy más fácil: puede acudir a *Psicogeografía, arquitectura y urbanismo*, un tan prolijo como cuidado volumen en el que Federico Silvestre y Rubén Lois han compilado los textos fundamentales del autor de *El planeta enfermo* para clasificarlos en tres apartados introducidos con agudeza por Ignacio Castro, Ramón del Castillo y Thierry Paquot. Si el primero, “Crítica de la hibernación”, corresponde al malditismo contra el Sistema, y el segundo, “Métodos para la destrucción integral de la vida cotidiana”, describe los laberintos y desorientaciones creativas de la utopía debordiana, el último, “Instrumentos modernos”, da cuenta del Debord más comprometido con la situación, la deriva y la psicogeografía. Quien lea el libro se percatará de que Debord —filósofo, escritor, cineasta y sobre todo maldito— tuvo también algo de arquitecto. Un arquitecto al que le habría gustado tanto construir como destruir.